

¿Qué es y cómo se reconoce (a) un parano-analista?

por SERGIO DARIO RAGONESE

Abstract

This text will discuss the relevance of two dominant conceptions in the psi world on the position of schizoanalysis in relation to psychoanalysis, namely the molar and abstract-theoretical opposition between them (one versus the other), and the assimilation of schizoanalysis as an internal variation of psychoanalysis. From some notions such as the paranoid pole and schizophrenic pole, despotic codes, imperial despot, and the relationship between Oedipus and Paranoia, for example, an alternative to those canonical positions will be proposed. This will lead to a different answer to the question: what is it that schizoanalysis opposes in the concrete practices? If it operates in the opposite direction to something (e.g. Oedipus and ontological lack), which figures embody this? Is it specifically about psychoanalysts in general (would this not result in a molar and abstract approach)? These questions can be answered from different problem fields, but here they will not be approached with theoretical pretensions, nor to focus the analysis on the level of macro-social practices, but to study the concrete practices that occur in the field of analytical clinics, trying to extract better tools for them from all this. On the other hand, for all these problems, we will try to propose some properly schizoanalytic answers, avoiding the abusive generalization of some concepts as well as the personalization of the problems, and searching for a pragmatic-functional approach in this respect, trying to forge a conceptual personae [*personnages conceptuels*] that can be embodied and detected in the practices: the parano-analyst.

Presentación del problema

El siguiente texto parte de una pregunta, o mejor dicho, de tres preguntas entrelazadas que habitan ya el título. Este último oficiará de motor para poner en marcha algunas problematizaciones incipientes acerca de una noción, la de *parano-analista*, que fue forjada a partir de algunos desarrollos teóricos que se encuentran en la primera obra escrita de manera conjunta por Gilles Deleuze y Félix Guattari: *El Anti-Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*.

Aquellas preguntas que habitan el título, podrían ser leídas y trabajadas de distintos modos. No se trata de la misma pregunta en el caso de “¿cómo se reconoce un parano-analista?” (a sí mismo/a, por ejemplo) que en el de “¿cómo se reconoce a un parano-analista?”, siendo que en esta última, por incluir la preposición *a*, el sentido de la cuestión

vira hacia el punto de vista de un/a observador/a (cómo alguien reconoce a otro/a como tal). No se trata de un mero juego de lenguaje; en este texto me interesa problematizar ambas direcciones sin confundirlas y contemplando sus articulaciones.

Por otro lado, la primera parte de aquella pregunta (*¿qué es...?*) podría llevarnos a suponer que la noción de *parano-analista* (aún por precisar) referiría a algo que se es, trátase de un Ser, de una cosa, o de cierto tipo de identidad. Pero *el parano-analista*, si es algo, es una noción o un *personaje conceptual* como podríamos pensar con Deleuze y Guattari (Cf. 2011). Uno muy particular, puesto que puede ser encarnado o actualizado en la dinámica vincular y social (ya veremos cómo). Y bien, ¿qué indica esa noción una vez efectuada o instanciada?: señala a un enemigo del esquizoanálisis (no del *esquizoanalista*, cuyo estatuto requeriría otras apreciaciones); pero no lo hace a título de su persona o de su identidad personal, sino a ciertos modos de hacer y de funcionar, a los cuales el esquizoanálisis ha dirigido una gran parte de sus críticas. De este modo, debo explicitar que forjar dicha noción responde a la intención de proponer, inspirándome en las propuestas de ambos autores franceses, una noción más precisa respecto de otra pregunta: *¿a contramano de qué se dirige el esquizoanálisis en la prácticas analíticas?*

Es sabido que la recepción en el mundo psi de aquel primer libro escrito de modo conjunto ha sido conflictiva, llena de malos entendidos, incomprensiones, y reacciones conservadoras, y parece innegable que las críticas que allí se dedican *al psicoanálisis* en general, en su conjunto, merecen reparos y más precisiones dado que, en algunos casos, esta tiene puntos débiles, sean estos ciertos o aparentes. Elisabeth Roudinesco decía que ambos autores *erraron el tiro* (Cf. Dosse 2009); sin embargo, no se puede estar de acuerdo con ella cuando se observan las respuestas conservadoras que *El Anti-Edipo* recibió por parte de los psicoanalistas franceses que no estaban bajo el ala de Lacan (Cf. Chasseguet-Smirgel 1979). Sería más preciso considerar que el problema no es tanto el *tiro* sino, ocasionalmente, el *blanco psi*¹ supuesto (para Roudinesco: la enseñanza de J. Lacan; para otros/as: la generalidad del psicoanálisis y los psicoanalistas). No ahondaré aquí en esos posibles puntos débiles, en si son de estilo de escritura o de contenido conceptual, en su lugar intentaré especificar aquello a lo que el esquizoanálisis (mediante sus *tiros*) se puede oponer mejor. Esto podría ser abordado, por ejemplo, en un plano teórico (sea filosófico, psicológico, sociológico, antropológico, etc), así como en el de las prácticas sociales a nivel macro (problemas del cambio social revolucionario, la lucha contra/desde el capitalismo, etc), y/o en el dominio específico de las prácticas clínicas analíticas, sean estas dirigidas a individuos, grupos, o instituciones. Este texto intenta trabajar sobre este último nivel.

Además, intentaré evitar dos respuestas habituales, muy extendidas en el plano psi: una, la que dice que *el esquizoanálisis se opone al psicoanálisis* (oposición molar, abstracta,

¹ Explicito lo de *blanco psi*, porque se hace indudable que hay también otros blancos en el mismo.

y teórica)²; la otra, que sostiene que *el esquizoanálisis se opone a ciertos psicoanálisis debido a que aquel es una variación interna de este* (el problema de esta última formulación es la asimilación simple que realiza hacia el final). Sin embargo, oposición total y asimilación total no son caminos propiamente esquizoanalíticos para abordar con rigor estos problemas. Así, basándome en propuestas de ambos autores, mediante lo que llamo *parano-analista* o *paranoanalista*, intentaré indicar o formular ese enemigo más concreto y más preciso, en el sentido de que será estudiado a partir de sus prácticas, sus acciones, las consecuencias que estas abren y los modos en que se ejerce el poder y el saber en aquellas. También, la tarea de detectar quien *está haciendo de* parano-analista, requeriría ser aplicada incluso en quienes la utilizan (no se está exento); recordemos que la dupla francesa sostenía que no se trata de criticar al fascista molar que sería otro/a, sino de detectar hasta qué punto nosotros mismos/as estamos actuando en lo molecular de modo fascista.

Quiero hacer aquí una aclaración terminológica: es importante notar que hablaré de *el parano-analista*, utilizando el artículo masculino. Esto es intencional, dado que se trata precisamente de un patrón mayoritario, un universal dominante encarnado, independientemente de los cuerpos (y/o las auto-percepciones subjetivas correspondientes) de quienes lo efectúen en concreto. Recordemos que Deleuze y Guattari referían ya que no hay un *devenir Hombre* porque Hombre (Masculino/Blanco/Europeo/Heterosexual y Racional/Cuerdo/Capaz/Útil) *se es*, no se deviene (Cf. Deleuze; Guattari 2010).

Desarrollo

Entonces, un *parano-analista* no es un quién, sino un cómo, un modo de hacer y funcionar situado que eventualmente es encarnado por una persona, pero que no se confunde con toda ella³. Para leer ese *hacer* en cuestión, tomaré como referencia conceptual lo que Deleuze y Guattari denominan como sus *dos polos del deseo y/o del delirio*, los dos polos de lo inconsciente: esquizofrénico y paranoide. El que hace de *parano-analista*, así, actúa de modo directamente articulado a su polo homónimo: tiene un saber previo, el cual los sucesos eventuales sólo confirman (nunca refutan), y el mismo es racional y sistemático; siempre supone hay alegorías o alusiones que serían las adecuadas y verdaderas; además, no puede elucidar críticamente su propia posición. Su búsqueda intelectual de descifrar códigos, se traduce en sus prácticas en intentar imponer a los demás esos Códigos establecidos en los que él se reconoce (en los que tiene confianza

² Pero en las prácticas no nos las vemos con *El psicoanálisis*, sino con quienes se dicen (y/o se reconocen) psicoanalistas.

³ De modo similar, Fernando Ulloa gustaba de decir quien *es* psicoanalista en su consultorio, deja de ser tal cuando está en otra situación social que no sea la del encuadre analítico (cuando está con su familia o sus amigos/as, haciendo las compras para su hogar, etc). (Cf. Ulloa 1995.)

o certeza); esto lo vuelve tan conservador como opresor, aunque él no estaría de acuerdo con estos calificativos (fácilmente argumentaría que apunta a un Bien mayor). Esto le vuelve siempre desconfiado respecto de las versiones y explicaciones alternativas, de las que se desinteresa o a las que desestima, cuando no las considera erradas o directamente peligrosas (probablemente se presenten como amenazantes para su sistema racional con ambición totalizante-totalitaria). Recordemos que, en Semiótica, la noción de *Código* se utiliza tanto para los *códigos de significación* (indican qué significan tales o cuales signos o flujos de signos) como para los *códigos de conducta* (indican lo que se debe hacer en tal o cual situación/contexto); Guattari y Deleuze parecen tener en cuenta ambas especificaciones del término.

Para seguir hablando de los paranoanalistas con algunos términos propios de Deleuze y Guattari, diría que estos trabajan también en el sentido de la *máquina paranoica*⁴ (que es anti-productiva) repeliendo las *máquinas deseantes* productivas. Por otro lado, más acá o más allá fomentan sutilmente la *represión general*, la *opresión social*, bajo la conservación de lo ya instituido y lo estructurado. Así, el parano-analista trabaja para la *anti-producción*, en tanto que opera de modo contrario a la producción de otras realidades y de un deseo creativo, novedoso, y provocador.

Ahora bien, respecto de la pregunta “¿cómo se reconoce un parano-analista?”, como dije, aquel que encarna lo que denomino un *parano-analista*, no se reconoce a sí mismo como tal. En el cono sur de latinoamerica, lo más habitual es que se reconozca a sí mismo como *psicoanalista* (pero esta correspondencia no es exclusiva ni universal, sólo común y extendida). Podríamos argumentar que la teoría psicoanalítica freudiana ya parecía favorecer a quien se afirma en que la persona que tiene en frente “no quiere mejorar”, “se resiste” (a curarse, a aceptar una verdad), “no se responsabiliza por su parte en aquello de lo que se queja”, “miente”, “niega”, etc. En la terminología de Guattari y Deleuze, podría decirse que la operatoria de los/as psicoanalistas freudianos/as, pero más aún los/as kleinianos/as, ha sido la de reducir lo que sucede a una grilla conceptual general denominada *Código Edípico* (aunque lo que entienden por esto va más allá del Complejo de Edipo freudiano o lacaniano), el que vendría a decir qué significa lo que le sucede a el/la paciente (código de significación), o qué es lo que el analista debe hacer con ello (código de conducta). Más adelante intentaré pensar acerca de algunos factores más que confluyen en esta situación. Pero ya en ese punto, podríamos recordar ciertas palabras de Deleuze y Guattari: “todo el psicoanálisis familiarista, comprendido el psicoanalista en primer lugar, es ajusticiable por un esquizoanálisis. Una sola manera de pasar el tiempo sobre el diván, *esquizoanalizar al psicoanalista*” (1995: 376; el énfasis es mío). Se entenderá esto que me interesa, en medio de estos desarrollos: que se pueda utilizar el esquizoanálisis para analizar al psicoanalista “en primer lugar”, y especialmente evaluando qué idea de *psicoanalista* tienen en mente ambos autores. Ellos explicitan

⁴ No se deben confundir los conceptos de *polo paranoico* (o *paranoide*), *máquina paranoica*, y *catexis paranoica*. Cada uno alude a cuestiones distintas, aunque por supuesto, existan relaciones entre ellas.

algunas cuestiones al respecto, como por ejemplo, que se dirigen al que *edipiza* o *familiariza* (el que relaciona todo con un tipo ideal y burgués de familia nuclear, y sus modelos de conyugalidad, paternalidad, filiación, etc), del que más hablan y al que toman como paradigma de los demás (esta asimilación es argumentalmente problemática por ser muy discutible su pertinencia, pero es la que ellos decidieron hacer). Pero también se refieren al que opera como *sacerdote piadoso* (el estructuralista que bendice la Falta en Ser), así como al *polizonte* moralista, y al *tecnó-psicoanalista* cientificista (Cf. Ibid.: 114). Podríamos decir aquí que en todos esos casos aluden a distintos modos de ubicarse en lo que ellos denominan *polo paranoide*. Desde este, se inyecta a los demás seres vivos (no sólo humanos sino también animales domésticos) aquellas matrices de los códigos respectivos. Y si “Edipo es primero una idea de paranoico adulto, antes de ser un sentimiento infantil de neurótico” (Ibid.: 283) y si el psicoanalista que critican es el que en sus prácticas analíticas se ubica en ese polo paranoide, esto podría reforzar esta propuesta de denominar, más bien, *parano-analistas* a quienes actúan de esos modos, mientras lo hacen. Así, en relación a esa última cita, podría agregar lo siguiente: *Edipo (y la familia nuclear como conjunto de partida) es una idea de parano-analista, antes de ser un sentimiento infantil de neurótico y en lugar de ser una causa universal psicopatológica*. Aunque lo mismo podría decirse de la carencia ontológica del lacanismo.

Ahora, he enfatizado el intentar estar atentos a lo que sucede en las prácticas analíticas y sociales concretas en el nivel microfísico y molecular, así como en el del *entre* vincular, y reconozco que quizás sea poco habitual para el pensamiento psi el dedicarse a estudiar lo que efectivamente se hace (como hacen más comúnmente los sociólogos), dejando de lado las ideas que los actores humanos se dan acerca de eso que hacen, pero es precisamente eso a lo que nos invita el esquizoanálisis. Podríamos recordar al respecto todas las referencias que Deleuze hace a que la filosofía no debe ser sólo teoría, no debe ser cosa de ideas filosóficas, sino que se trata siempre de una filosofía práctica o de una práctica filosófica, siempre un ejercicio accesible a la dimensión más cotidiana de las vidas. Otro tanto, o quizás más incluso, encontramos incesantes apelaciones en Guattari a realizar una pragmática esquizoanalítica y un estudio de los agenciamientos concretos.

Del psicoanálisis al paranoanalista

Uno de los muchos y variados factores que permiten pensar la afinidad del método freudiano con los razonamientos paranoides, lo encontramos en el hecho de que aquel está inspirado, como Freud mismo lo admite en un texto que publicó bajo un seudónimo (*El Moisés de Miguel Ángel* (Freud 2020)), en un método elaborado para detectar las mentiras y engaños de quienes copiaban grandes cuadros para venderlos como si fueran originales. Este último se conoce como el *método indiciario*, desde el que se presta especial atención a los detalles que podrían haber pasado desapercibidos para la conciencia del

estafador (en el caso de G. Morelli), el/la paciente (en Freud y el psicoanálisis), o el ladrón (en el personaje de ficción Sherlock Holmes). Esto es sólo un ejemplo de todo aquello que reafirma en el propio psicoanálisis un modo de razonamiento paranoide: desconfianza a la otredad⁵, desmesurada confianza en las ideas propias, una voluntad de descubrir/inteligir/descifrar una verdad oculta o no evidente, etc; esto, al no poder auto-cuestionarse, tiende a imponerse sobre las demás personas. Sin embargo, aplicar aquel método a personas que consultan por sus padecimientos, tratando a estas como falsificadoras, criminales, mentirosas, y tendiendo a responsabilizarles individualmente (Cf. Guinzburg 2013), se logran consecuencias vinculares que, históricamente, no fueron suficientemente contempladas en su importancia ético-micropolítica (por ejemplo: aún en nuestros días existen los psicoanalistas que intervienen sobre sus pacientes que sufrieron abusos sexuales infantiles interpretándoles que ellos/ellas habrían provocado estos o, cuando menos, obtuvieron un goce al respecto). No es casualidad que Guattari y Deleuze remarquen que este modo de hacer (paranoide) es, no sólo normativizante, sino también opresor/inhibidor/castrador/represor. Una muestra de ello, entre muchas, es la lectura que hacen de la operación de interpretación que Melanie Klein lleva a cabo con su paciente conocido como el caso Dick. “No es sugestión, es terrorismo (...) ¡Di que es Edipo o si no recibirás una bofetada! El psicoanalista nunca pregunta: «¿Qué son para ti tus máquinas deseantes?», sino que exclama: «¡Responde papá-mamá cuando te hablo!»” (Deleuze; Guattari 1995: 50)⁶.

Por supuesto, esos y otros tipos de actitudes despóticas pueden encontrarse en algunos profesionales de otras terapias como las cognitivo-conductuales (claramente diferentes de las psicoanalíticas) que se vuelven operadores rutinarios de técnicas estandarizadas en protocolos internacionales (códigos de conducta), así como fanáticos de la cientificidad de sus teorías de referencia (otro código de significación instituido), las que se miden con una epistemología naturalizada, positivista, y reaccionaria. Sea cuales sean las teorías y/o técnicas en las que se interesa conscientemente y en las que se reconoce a sí mismo, un parano-analista utiliza siempre ciertos *Códigos* como incuestionables, como si fueran su palabra santa o su Verdad revelada, conocida o inteligible. Lo que importa no es si se trata de los libros de Freud, de Beck, de Moreno, o (peor) de ellos mismos, lo relevante es el uso tipo *códice* que hacen al respecto y las consecuencias ético-micropolíticas que se derivan de ello. Como vengo intentando mostrar, un paranoanalista está centrado en el Saber pero su actitud frente a él no es del orden de las ideas, sino que se expresa ya de entrada en *prácticas de subjetivación* de otros/as y actitudes o acciones concretas para con ellos/as. Quizás las acciones de cientos de profesionales cognitivos-conductuales sean aún más fácilmente reconocibles en esta línea para quienes se han formado psicoanalíticamente,

⁵ Por ejemplo, la célebre frase de Freud “*Mi histérica me miente*” ha sido tomada en esta dirección, como argumento para profundizar esa desconfianza.

⁶ Curiosamente, el paranoanalista, si tiene *delirios de persecución* (como los habituales en la entidad psicopatológica llamada *paranoia*), estos tienden a ser actuados de modo que él es el perseguidor (algo que lo acerca a los *delirios de acción* de otra entidad similar, llamada *psicosis pasionales*).

pero nuestros autores eligieron reparar en el propio psicoanálisis del que venían (Guattari) o del que se nutrían (Deleuze), dando una advertencia (provocativa) al señalar que allí Edipo no ha llegado (ni con Freud, ni Klein, ni suficientemente a partir de Lacan) al *punto de su auto-crítica*, que es a donde lo lleva el esquizoanálisis.

Los parano-analistas siempre son racionalistas o intelectualistas, de uno u otro modo: consideran que todo es razonable, tiene motivos y causas cognoscibles (la existencia como código descifrable). En ocasiones consideran que se podría inteligir el absoluto si hubiera suficiente tiempo y dedicación. Están centrados, también entonces, en el conocimiento y en el reconocimiento (factores que Jacques Lacan ubicaba en lo que él llamaba *registro imaginario*, el dominio de la significación y el yo, así como de la conciencia, las apariencias y los engaños cotidianos).

Decía que de los dos polos de lo inconsciente, apuntan siempre a mover el péndulo hacia el polo paranoico-segregativo-narcisista/yoico. Pero un esquizoanalista (si usamos esa nominación) no sería quien permanece en el otro polo, el esquizo, y le hace de espejo al paranoico. El ubicarse *en espejo*, en oposición simple de modo de rivalizar personalmente, pertenece también a *lo imaginario* lacaniano y no es esa la propuesta sobria (y concreta) del esquizoanálisis, aun cuando muchos fragmentos de *El Anti-Edipo* puedan llevarnos a caer en esta apariencia de rivalidad, paridad, y oposición global. Aún no se ha logrado poner en circulación una lectura advertida del tipo de provocación humorística e irónica que alberga dicho libro. Pero un esquizoanalista, si eso existe, podría partir de poner en claro que no se opone ni al psicoanalista ni tampoco al paranoanalista. Quien se diga esquizoanalista tampoco podría garantizar estar ubicado exclusivamente en el polo esquizo, cosa que tampoco sería deseable. Más bien, como decían los antiguos filósofos herméticos, se pendula siempre entre un polo y otro. Un/a esquizoanalista, como mínimo, sabe de esa oscilación y está a la espera de detectar cada vez más rápido y mejor, en qué momento él/ella mismo/a está haciendo de paranoanalista, cuando se está convirtiendo en reaccionario/a o en un/a microfascista.

Antes mencionaba los códigos despóticos, y es de resaltar que mediante la construcción del personaje conceptual del *Déspota*, Deleuze y Guattari articulan no sólo cuestiones antropológicas y del psicoanálisis sino que también toman nociones del campo de las nosografías psicopatológicas, al referir que el *Déspota* y el *Paranoico* adulto son análogos. Ese *personaje conceptual*, el del *Déspota*, es paranoico ya no en el sentido psicopatológico, sino en uno funcional, y por ello puede encarnarlo un emperador, un sacerdote o el líder de una secta, un padre celoso de su hijo/a, un analista respecto de su paciente, etc. En todos los casos se trata siempre de figuras que ejercen cierto poder efectivo.

Esta relación entre poder y paranoia, que el esquizoanálisis visibiliza, puede ser rastreada incluso en las descripciones de la psiquiatría clásica, a fines del Siglo diecinueve. El paciente diagnosticado con paranoia tiene *delirios de grandeza* cuando tiene certeza de que él conducirá al pueblo o a la raza o a la humanidad, o que él es el elegido; y tiene un *delirio auto-referencial* cuando no duda de que las otras personas piensan sobre él o le

dedican sus acciones (“puso la música fuerte porque sabe que me molesta”, o “las calaveras en tu sueño muestran que deseas asesinarme y ocupar mi lugar” como le interpretó edípico-paranoicamente S. Freud a C. Jung) (Cf. Jung 2016). Este último tipo de delirio, en realidad, sólo recubre a aquel delirio de grandeza más profundo, ya que este muestra también el darse importancia, como si los/las demás giraran a su alrededor. Pero curiosamente, esa persona de supuesta importancia es quien necesariamente está aterrorizada, como muestra Alan Watts, y quien procede mediante recursos desesperados al respecto. Veamos el caso, por ejemplo de la Iglesia católica, su Rey celestial y sus delegados terrenales, los sacerdotes:

Culturas con gobiernos de carácter monárquico. Para ellos, el creador del universo fue concebido como el rey del universo (“el Rey de los reyes, el Señor de los señores, el único Gobernador de los príncipes...”).

La idea de que debemos arrodillarnos, inclinarnos y postrarnos ante el Señor del universo con humildad y respeto es un remanente de las culturas del antiguo Oriente. ¿Y esto por qué? Básicamente, porque no hay nadie que esté más aterrorizado que un tirano, y por eso siempre lo verás sentado con la espalda contra la pared mientras tú debes acercarte a él desde una altura inferior y con el rostro mirando hacia el suelo. De esta manera no podrás atacarle con un arma. Cuando te acercas a él, en ningún momento te incorporas para mirarle, porque entonces podrías atacarle. Y motivos no te faltarían, porque no hay peor criminal que aquel que, como él, se adueña de tu vida. [...] aquel que tiene el poder tiene total potestad de cometer crímenes contra ti. (Watts 2019: 17-18)

La cita parece bastante clara de por sí, y al hacer un esbozo de genealogía de la figura del sacerdote se ve llevado a relacionarla con una históricamente anterior, la del emperador de los imperios orientales. Esta relación también está presente en *El Anti-Edipo* y allí se articula con los estudios de K. Marx sobre el modo de producción asiático e imperial. Pero además, lo referido permite vislumbrar el temor paranoico de quien está en el lugar de ejercer el Poder real o efectivo, y los recaudos que se toma cuando establece códigos de conducta protocolares (para sus súbditos o los feligreses: arrodillarse y suplicar expresando respeto, humildad, y una actitud servil). Notemos, por otra parte, que aquel miedo y aquella actitud de estar alerta frente a los peligros ciertos e inminentes que podrían ocurrir⁷, sitúa al déspota/paranoico a vivir preferentemente en una sintonía mental: prefiere prever e inteligir, o, en todo caso, comprender retrospectivamente si algo se le ha escapado en el pasado, antes que centrarse en la conexión con su aquí y ahora

⁷ “La administración de una gran seguridad molar organizada tiene como correlato una [...] inseguridad molecular permanente” (Deleuze; Guattari 2010: 220). “Constantemente tememos perder. La seguridad, la gran organización molar que nos sostiene” (Ibid.: 230).

corporal y afectivo (el lugar donde el personaje conceptual llamado *esquizo* se sitúa preferentemente⁸).

En nuestras sociedades occidentales contemporáneas, esta ideación paranoide de parte de un líder despótico, está dejando de ser tan comúnmente encarnada en un gran emperador, un gran Presidente, un líder Religioso, una estrella de rock, etc, como era predominante hasta la mitad del Siglo veinte (época en que comienzan a caer los grandes relatos modernos), y se la encuentra más bien dispersa en neurosis cotidianas, *normopatías*, micro fascismos, y pequeños temores cotidianos (y seguridades defensivas) que pueden sacar lo peor de cada cual. De ese modo hay que tomar lo paranoide de los parano-analistas; no se trata, de ver algo patológico en un terapeuta o analista o lo que sea, sino de captar esa fibra común que emerge entre lo que hacen nuestros *enemigos* y lo que molecularmente hacemos todos los días nosotros/as mismos/as, aun avalados/as y apoyados/as por las instituciones concretas y los instituidos efectivos que dan consistencia teórico-práctica a nuestras intervenciones. Como dije, nunca estamos a salvo de ser también nuestros propios enemigos; pero esto no puede reducirse al viejo discurso judeo-cristiano que decía que el mal está en nosotros/as mismos/as dado que somos pecadores/as y culpables, y que, entonces, *debemos* rezar (según nos ordena el sacerdote-déspota y su Código incuestionable puesto que fue escrito *en nombre de Dios*), so pena de castigo. Aquí se trata de una otra lógica: el enemigo no es sólo interno ni sólo externo y ni siquiera podemos ubicarlo de modo estable en tal o cual persona porque no se trata de una persona ni de una cualidad personal (la personología aquí no nos es útil, como se aprende en *El Anti-Edipo*). Y si un *enemigo* es móvil, sólo se lo puede cazar provisoriamente y con un estar nómade. La posición a la que se quiere invitar, entonces, es la de la *elucidación crítica* (Cf. Fernández 1989) como actividad incesante, inacabable, pero realizable. Se trata de la difícil actitud de mantenerse en la incomodidad; incluso la de darle prioridad. Esto sabiendo incluso que no se puede vivir para siempre en la incomodidad, que nunca se termina de estar allí para siempre o del todo. Se trataría, entonces, de saber y no olvidar que tarde o temprano la comodidad nos atraparé cuando menos lo veamos venir; el cansancio, el temor, o la seguridad nos jugarán una mala pasada; la burocracia nos habrá capturado; el hartazgo o la impulsividad nos forzarán en sentido contrario a la disponibilidad, la lucidez, y la prudencia. Y esos fracasos no deben ser estimados como consecuencias inevitables, sino ser, también, parte del plan; en algún momento, aunque nos digamos esquizoanalistas nos pondremos paranoicos (recordemos el péndulo de polo a polo): no se trata de naturalizar esto como si fuera inevitable y nada pudiéramos hacer sino que, al contrario, nos cabe prepararnos cada vez mejor para que las consecuencias sean cada vez menos graves (ético-micropolíticamente). “El Plan, así concebido, siempre tiene forzosamente que fallar, pero los fallos forman parte integrante

⁸ Este personaje conceptual (el esquizo) que traza el dúo francés en su libro, no debe ser asimilado a la persona concreta que ha recibido el diagnóstico de esquizofrenia, como ellos aclaran.

del plan” (Deleuze; Guattari 2010: 272). De ese modo, el esquizoanálisis propone prepararse para esa otra cosa que aterriza a un parano-analista: fallar.

BIBLIOGRAFÍA

- Dosse F. (2009). *Gilles Deleuze y Félix Guattari: Biografía Cruzada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Chasseguet-Smirgel J. et al. (1979). *Los caminos del anti-edipo*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze G.; Guattari F. (1995). *El Anti-Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze G.; Guattari, F. (2010). *Mil Mesetas: Capitalismo y Esquizofrenia*. Madrid: Pre-textos.
- Deleuze G.; Guattari F. (2011). *¿Qué es la filosofía?*. Barcelona: Anagrama.
- Guinzburg C. (2013). *Mitos, Emblemas, e Indicios*. Buenos Aires: Prometeo.
- Fernández A. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud S. (2020). “El Moisés de Miguel Ángel” en *Obras Completas. Tomo XIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nietzsche F. (2008). *La genealogía de la moral*. Buenos Aires: Alianza.
- Jung C. (2016). *Obras completas. Tomo 18*. Madrid: Trotta.
- Ulloa F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica: historial de una práctica*. Buenos Aires: Paidós.
- Watts A. (2019). *Más allá de tu mente. Embaucadores, interdependencia, y el juego cósmico del escondite*. Barcelona: Obelisco.